

¿Amor, pasión o qué?

por Ana Cecilia Lara

Una sola vez bastó. Era algo que ella no podía creerlo. Se enamoró de él. Tal vez se enloqueció de repente, quién sabe qué fue lo que entró en ella aquella noche en que el detective Toledo la miró. Nunca antes había experimentado una emoción tal como esa. A sus treinta y tantos años se creía una mujer con mucha experiencia, a pesar de que era una señorita aún, de todos era sabido que Ángela jamás encontraría con quien atar el nudo. Era muy independiente, profesional. Le encantaba la compañía masculina, y los solía manejar con mucha pericia. Los usaba y desechaba después de sus caprichos o deseos efímeros. Era incapaz de enamorarse de alguien más que no fuera de sí misma.

El detective Toledo era enigmático, impenetrable a los ojos de Ángela. Al contrario de otros hombres, G.G., como lo llamaban todos sus amigos, la había hecho estremecer. No podía resistir su mirada. No, haberlo visto hubiera sido derrumbarse ante los brazos de aquel hombre, decirle que la tomara, que la hiciera suya esa noche, que se la llevara con él. Él hubiera sido capaz de ver y leer su pensamiento si ella le hubiera dado la oportunidad de mirarla a los ojos. Sí, ella hubiera sido capaz de dejarlo todo por él. Especialmente, desde esa noche en la que ella no lo miró a los ojos, pero lo vio a él mirándola, atravesando con su mirada su falda y más allá.

Había habido muchos crímenes en la vecindad, por lo que los amigos de G.G. propusieron hacer una reunión para tratar asuntos sobre la seguridad del edificio. G.G. no compartía el interés de sus amigos por ese tipo de reuniones que, al final, no sólo terminaban en nada, sino que se veía obligado a saludar a vecinos que realmente prefería ignorar que existieran. Pero se sentía comprometido con Ernesto, ya que este siempre trataba de agradarlo y era muy poco lo que él hacía para retribuirlo. La mayoría de los que habitaban el edificio eran padres de familia, cansados y agobiados de ser los únicos que llevaban el pan a la mesa. Ahora bien, el primer piso era la excepción a la regla. Ahí la mayoría eran señores de la tercera edad, ya jubilados y con muchas experiencias e historias que contar. Esas eran las conversaciones que al detective Toledo le fascinaban. A él le gustaba que los ancianos revivieran la juventud que algún día vivió en ellos, él detective se iluminaba con el brillo de plata que se extendía desde los ojos, ya pardos, hasta los cabellos cenizos por el tiempo transcurrido, que emanaba de ellos, cuando hablaban del ayer. Le encantaba la ilusión en la carita de la niña Luz cuando contaba alguna película de Pedro Infante. Ya ella le iba preparando el cafecito con algún pancito dulce cuando oía que el detective Toledo regresaba un poco más temprano que lo usual. Ese trato con todos ellos le daba gusto, lo disfrutaba mucho el detective G.G. Toledo. Pensó entonces, enfocar sus conversaciones con sólo aquellos con los que ya tenía una buena amistad.

El detective estaba llevando a cabo una investigación que involucraba a la señorita Ángela Altamirano. La policía estatal tenía sospechas de que ella estuviera involucrada con el asesinato de dos jóvenes, ambos frecuentados simultáneamente por la señorita. Ella no estaba al tanto de dicha investigación, pues al momento sólo era una hipótesis planteada por el teniente Montalvo. Se tenían puntos perdidos, había que trazar una línea entre ellos para poder hacer una acusación formal. Ernesto sabía que la señorita Altamirano estaría presente en la reunión. Alguien como ella no podía desperdiciar una

oportunidad como esa para dar a conocer sus ideas e intelecto de mujer profesional y de mundo. Le encantaba que la alabaran.

En aquella reunión, G.G. observó durante toda la noche los movimientos de Ángela, tratando de buscar algo perverso o malicioso en ella. Algo que la hiciera tratar a los hombres como una servilleta desechable de úsese y bótese. Había algo intrigante en ella. Más que bella era elegante, y de una figura inmaculada. Sus caderas lo tenían hipnotizado, por más que él quería disimular, no podía. Buscaba hablar con sus amigos ancianos, pero su mirada seguía el movimiento danzante de la falda de Ángela. Buscó a Ernesto, quería a toda costa romper esa atracción que sentía. Tenía una investigación que realizar. Además, ni considerarlo, Ángela era muy frívola. No era el tipo de mujer para ponerse serio sino para tener una noche de alocada pasión, de desbordamiento frenético. Ella era como una isla exótica del caribe, donde no importaba cuantos la habían visitado ya, el éxtasis de estar él ahí, por primera vez, era lo que contaba.

Pero no. Incluso si ella no fuera culpable de las tremendas acusaciones que en silencio la señalaban, ¿cómo alguien como ella se iba a fijar en él? Era mejor irse, alejarse, antes de tomar el barco. Era mejor no ir que naufragar. El detective Toledo se retiró a su cuarto para navegar en su sueño. La señorita Altamirano se retiró sintiendo unas olas de fuego.